

divina que iluminara su espíritu, sin enemigos inmediatos que combatir, pudiendo ir contra Tolosa ó otra población que fuera mas vulnerable ó intentar una corta expedición cuya salida era fácil, pues no podía el gobierno oponerla muchas fuerzas ni impedirla, ni el abastecimiento que se procuraría en los fértiles campos que riega el Ebro, se veía obligado Sanchez Bregua á dejar el mando del ejército en cuya dirección no había sido muy afortunado. El grueso del ejército del Norte que contaba poco mas de 9,000 hombres, no tenía mas jefes que Santa Pau y Catalan: el primero dimitió, aunque no le faltaba valor para arrostrar la situación en que se encontraba la division de la Ribera que si atendida debiera haber sido, estaba abandonada: sus dos baterías, sus 700 caballos y los tres regimientos de infantería que contaban unos 1,500 hombres, esperaban á la sazón que se les enviara un general ó un brigadier, y no lo que se hizo. Teniendo Loma que atender á Tolosa y Oyarzun, aunque opuestos, se hallaba constantemente en posición bien crítica, batiéndose con frecuencia para abastecer ambos puntos y procurar no disminuyeran sus fuerzas y conservarlas subordinadas, para que no se repitieran lances como el que sucedió cerca de Mondragon con un teniente coronel que victoreó á la república federal y social, añadiendo: abajo los tiranos que nos llevan engañados; y gracias que no hizo caso la tropa y acudió pronto Loma.

Deplorable la situación de la causa liberal, era ya grande y natural la expectación pública por conocer el acuerdo de los carlistas en Loyola: cuando se fué evidenciando, se vió que faltaba en ellos clara inteligencia y denodada osadía. Reunidos en el riñon de Guipúzcoa, en un punto estratégico, pudiendo caer todos fácilmente sobre un sitio determinado, hallaron mas cómodo desparramarse. Don Carlos marchó á Azpeitia, le entretuvieron las aclamaciones con que fué recibido, y siguió despues á Vizcaya á efectuar paseos por mar y tierra. Faltaba á los carlistas un Zumalacárregui; para Elio podía mas su indolencia que su pericia; el entusiasmo no existe á sus años, y Lizárraga dejaría una acción por una misa. Esta debilidad que presentaban los carlistas no era aprovechada por los liberales, lo cual constituye un cargo gravísimo. Faltaban jefes aptos; así se vió que las disposiciones adoptadas por unos, las marchas que ejecutaron otros y lo que casi todos hicieron hasta entonces, si no permitieron, no fueron obstáculo para el prodigioso aumento que tuvo el ejército carlista; y en provincias como la de Guipúzcoa, donde había sobre 6,000 voluntarios de la libertad, á cuyo número no llegaron ni con mucho en la guerra de los siete años. Y téngase en cuenta que en los pueblos de las provincias Vascongadas y Navarra, en los que había mas voluntarios, era donde mas se resistía el ejército. Todos se esmeraron en proseguir la tarea destructora, y desde el gobierno hasta el soldado, salvo raras y honrosas excepciones, todos contribuyeron á poner el país en la desastrosa y lamentable situación en que se veía, y que era deplorable no lo decimos nosotros, lo dijo el mismo presidente del Poder ejecutivo en pleno parlamento. Necesitábase, pues, enviar buenos generales, conocedores del terreno, que supieran atraerse las voluntades de los naturales del país; que fueran algo dádivosos y discretos con los confidentes, que en toda guerra civil vale mas un buen espionaje que todos los cálculos y combinaciones de la mas alta estrategia. El olvidar estas circunstancias fué origen de algunos desastres. No se podía desatender ningun detalle, que sabia aprovechar perfectamente el enemigo, que no se descuidaba un instante. Mucho consiguió por sus propios esfuerzos, pero mas le ayudaron las faltas que cometieron sus contrarios; así que los carlistas de mejor criterio, los mas conocedores de la guerra, estaban asombrados de lo que en tan poco tiempo habían conseguido.

CAPITULO IV

Prosigue la guerra.—Acciones de Santa Bárbara de Mañeru, de Monte Jurra y de Velabieta.—Cataluña.—Maestrazgo.

Era vergonzoso para las armas liberales el dominio que los carlistas ejercían en la provincia de Guipúzcoa, así como en

las demás hermanas y en Navarra. Reunidos en Tolosa Loma, y Santa Pau que desempeñaba interinamente el mando general en jefe del ejército, se decidieron á penetrar en el interior de la primera. Trató Lizárraga de impedirlo, trabáronse algunos combates, regresó Loma á Tolosa sin haber avanzado mucho en su marcha, y Santa Pau fué á Vitoria sosteniendo un constante bregar hasta Salvatierra, donde ya no molestaba el fuego de los carlistas.

Acordaron estos una operación combinada contra Tolosa, en la que tomaron parte las fuerzas de las cuatro provincias, á fin de exterminar á Loma y á los que acudieran en su socorro. Era el plan, reunir en los alrededores de aquella villa el mayor número de carlistas posible, encerrar á Loma, estrechar el cerco de Tolosa con suficientes batallones, y con el resto, que Lizárraga calculaba en doce, esperar en posiciones bien elegidas y fortificadas, á las tropas que fueran á socorrerle, y batirlas casi con seguridad, en cuyo caso la falta de víveres obligaría á Loma á rendirse. Púsose el plan en ejecución, tomando parte en él Lizárraga, Ollo y Larramendi; no esperó Loma á verse atacado, sino que salió á atacar á los que se hallaban en la parte de Izaseun y les desalojó de sus posiciones, que volvieron á ocupar cuando el liberal regresó á Tolosa. Se fué estrechando el cerco, desdénaron los sitiados las ventajosas condiciones que rindiéndose les ofrecían, no intimidándoseles terribles amenazas, que no se cumplieron, porque no participando Elio de la confianza de Lizárraga, y teniendo en cuenta que, aunque había municiones para dar una acción, no las tenía para sostenerse si eran derrotados; que para no perderlo todo valía mas no exponerse, tomando Elio sobre sí la responsabilidad de la retirada, que les permitía conservar las fábricas de armas y Estella, marchó Lizárraga á Azpeitia, Larramendi con los alaveses y vizcainos á Villafranca y Ollo con algunos navarros á Lecumberri. Loma persiguió á los que se retiraban, causándoles algunas bajas.

En Vizcaya había formado ya Velasco una respetable division compuesta de 10 batallones de mas de 800 plazas cada uno, otros dos batallones de castellanos, un escuadron, una batería de montaña, y un cuerpo de administración militar. Desguarnecida la provincia, solo quedaba á los liberales el corto trayecto de Portugalete á Bilbao, y sin tener libre la ría. Portugalete no tenía mas refuerzo que su recinto, y este dominado por casi toda la parte de tierra.

Desearo los carlistas poseer á Bilbao, establecieron el bloqueo, que se iba estrechando á la vez que se hostilizaba el destacamento que custodiaba la casa de la pólvora, próxima al puente de Luchana, y ya á mediados de agosto dominaban la izquierda de la ría. Preferían algunos la posesión de Vitoria á la de Bilbao, por ser aquel punto mas estratégico; pero consideraron mas lucrativa la capital vizcaína, por su importancia comercial y su bien adquirida fama, y á conquistar esta villa se decidieron. Intimóle Velasco le abriera las puertas y le recibiera como á libertador, ó lo contrario penetraría en las calles de la villa saltando por encima de sus escombros; se puso en inteligencia con algunos individuos de la guarnición, y esperando el buen resultado que se prometía, dejó de asistir al ataque de Vergara, creyendo se le abrirían las puertas de Bilbao. Negóse Andechaga á proseguir los tratos, esperando mas de las armas, diciendo que «el comercio y la industria de la villa no resistirían tres dias de bombardeo,» y montó la fundición de Arteaga para hacer cañones y morteros. Las defensas de Bilbao no estaban aun completas, ni el material de guerra; las obras mas necesarias, y que no se hicieron, eran las que exigía la defensa y conservación de Portugalete, llave del Nervion; y cuando el jefe de la *Consuelo*, señor Patero, encargado de su defensa, acababa de pasarse á los carlistas, se hizo mas crítica la situación de aquel punto. Esto obligó á los bilbaínos á aumentar sus aprestos belicosos, y á adoptar muy acertadas providencias; se efectuó una salida á destruir la presa que de orilla á orilla del Nervion formaron los carlistas con el vaporcito *Somorrostro* y dos gabarrones; mientras en Madrid había un batallón de ingenieros en el servicio de plaza, en Bilbao desempeñaban aquel oficio paisanos y soldados de línea, y cuando al fin llegaron á la plaza refuerzos, y jefes y oficiales de artillería facultativo

se produjeron formales controversias sobre las obras de defensa, se ejecutaron algunas mas, y en último resultado, vino á quedar Bilbao fortificada poco mas ó menos como en 1835, sin tenerse en cuenta las observaciones que en aquella época se hicieron por militares peritos y aguerridos, y expuesta á sufrir mayores desastres que los que había experimentado en sus tres famosos asedios.

Los carlistas, que consideraban casi segura su presa, aumentaban los medios ofensivos, preparándose á sitiara formalmente. Las ilusiones de los optimistas sobre la carencia de medios de que podían disponer, comenzaron á desvanecerse cuando no hubo duda de que los viejos y abandonados cañones de hierro que Andechaga había desenterrado en Santurce, Algorta y Olaveaga, y utilizado á fuerza de perseverancia sobre Portugalete y el Desierto, iban á ser sustituidos por otros de bronce fundidos en Arteaga, en cuyas ferrierías no solamente proseguían trabajando con la mayor actividad en la elaboración de otros de diferentes calibres, sino tambien en la de morteros, balas, armones, cureñas y pertrechos necesarios á esta arma (1). Liberales y carlistas se preparaban á dar asunto á Bilbao para que continuara escribiendo en su historia brillantes páginas.

Organizada la guerra en Alava por Larramendi, formó cuatro batallones y un escuadron que revistó don Carlos en Alsásua. Operando en su distrito, penetró Larramendi en Oyón, donde tan descuidados encontró á sus habitantes, que hasta los nacionales estaban en sus casas; y como no podía quitarles el armamento, por tenerlo en Logroño, les impuso el diputado Varona una multa, y los dejó en libertad, sin mas molestia. Las fuerzas que salieron de Logroño en contra de los invasores de Oyón, cedieron el campo al mayor número de enemigos y regresaron perseguidas á la ciudad. Ejecutó Larramendi algunos movimientos por la Rioja alavesa, hasta que gravemente enfermo le reemplazó en el mando don Torcuato Mendiry, que defensor de don Carlos en la guerra civil de los siete años, á cuya conclusion era coronel graduado, emigró á Francia, donde aprendió francés y el oficio de impresor, con el cual se sostuvo despues en Madrid al acogerse á los beneficios del Convenio de Vergara; revalidado despues sirvió en el ejército en el que se distinguió por su genio organizador, ascendiendo hasta brigadier; resignó en 1868 el mando de la comandancia general de la Serranía de Ronda, no sin prestar excelentes y humanitarios servicios, como lo consignó la junta revolucionaria de Sevilla; solicitó en julio de este año de 73 la licencia absoluta y se incorporó al ejército carlista.

La presentación de Mendiry no dejaba de ser un verdadero acontecimiento, y merecía menos indiferencia de la que le mostraron algunos generales con mando. Y eran frecuentes entonces estas presentaciones, á pesar del modo poco lisonjero con que se solia recibir á los jefes, teniendo los mas que ir agregados, ó seguir á los batallones, sin darles posesión del puesto á que les destinaban, suplantándoles los alojamientos y considerándoles como advenedizos. Esto cuando empezaba la guerra, cuando tantos peligros había que arrostrar, cuando para todos había sitio donde derramar su sangre y sacrificar su vida. Algunos de los jefes que ya mandaban, creían que se bastaban para conseguir el triunfo, y no querían compartir con otros una gloria que consideraban segura.

Don Domingo Moriones reemplazó en el mando del ejército del Norte al general Sanchez Bregua, á quien se encargó el ministerio de la Guerra, para ayudar á Castelar á restablecer la disciplina y el orden é inaugurar una nueva marcha política. Mas esperanzado Moriones, por mas conocedor de la guerra que el jefe á quien sucedía, marchó á ponerse al frente del ejército que le recibió, y el público, con el gocejo que se funda en lisonjeras esperanzas; revistó sus tropas en Vitoria, y las saludó diciendo: «Vuelvo á verme entre vosotros como el padre al lado de sus hijos. Siento que la fortuna se os haya

(1) Para facilitar mas estos trabajos secuestraban de las grandes fábricas de hierro que avecinan á Bilbao la maquinaria adecuada para ellos, trasladándola á Arteaga, adonde concurrían de grado ó por fuerza los torneros, ajustadores, moldeadores y operarios mas aptos de estas industrias.

mostrado veleidosa, pero de hoy mas estad seguros de que nos sonreirá propicia. Tened muy presente que los ejércitos que conservan la mas severa disciplina son los que llevan constantemente escrita en sus banderas la victoria. Esto debe bastaros para comprender que será inexorable en exigir de todos el mas exacto cumplimiento de sus deberes; y cualquiera que sea el que falte, sobre él caerá todo el rigor de la ordenanza. Vamos á defender la república, porque es nuestro deber obedecer al gobierno constituido por el acuerdo de la Asamblea, así como tambien lo es sostener y levantar á la mayor altura posible la honra y gloria del ejército.—Vuestro general, *Domingo Moriones*.»

Procuró hacer efectiva la quinta é imponerse; que se observara la disciplina y subordinación necesaria, mostrando digna energía con oficiales y soldados, y el mismo día salió de la capital alavesa al frente de su ejército que ascendería, con los refuerzos que llevó, á unos 12,000 hombres; oyeron misa en el campo de Arana, acto que impresionó por lo imponente y solemne á toda la población de Vitoria que lo presenció, y fué por Salvatierra á Tolosa, donde le recibieron como su salvador. Retirados los carlistas que asediaban la villa y á Loma, y mas temibles los que operaban en Navarra que los que se limitaban por entonces en Guipúzcoa á sitiar á Tolosa, siguió Moriones á Navarra, dispuesto á atacar á sus enemigos donde los encontrase, para levantar el espíritu del ejército.

Al aproximarse este á Estella, procuró Ollo hacerle frente, distribuyendo bien sus fuerzas, y volando un puente cerca de Noveleta, para impedir que los liberales pasasen su artillería rodada. En la mañana del 2 de octubre estaban acampados en Grocin los carlistas. Aquel mismo día preparó Moriones sus fuerzas para el combate, y al ver que los carlistas habían abandonado el terreno que creyó defendiesen y aun Estella, aun cuando consideró fácil la entrada en esta ciudad, á la que dieron vista las tropas de Primo de Rivera, que avanzaba por la derecha, y un batallón de la brigada de vanguardia entró en Dicastillo, como solo tenían las tropas media ración, y no confiaba encontrar en Estella subsistencias, porque suponía lo habrían retirado todo los carlistas, como lo hicieron, pues mandaron destruir los comestibles en los pueblos que dejaban, se retiró á Larraga á racionarse. Regresaron algunas fuerzas carlistas á Estella, volviendo á salir y regresando, y marchando de nuevo, sin darles tiempo para tomar ningun alimento; ocuparon al fin las posiciones inmediatas á Dicastillo; se contemplaron las guerrillas de unos y otros contendientes, y al anoecer se retiró Primo de Rivera á Allo, dirigiendo algunos cañonazos á sus enemigos, que en posiciones esperaban, y que dejaron para ir á pernoctar en Morentin, Abérin, Muniain y pueblos inmediatos. El 3, dejando al parecer libre á los liberales la entrada en Estella por la parte de la Solana, se retiraron los carlistas á Eraul y otros pueblos; el 4 se trasladaron á Grocin, Murugarren, Villatuerta y algunos batallones á Estella. Los liberales pasaron este día á Artajona, el 5 á Puente la Reina, y sus contrarios á Cirauqui y Mañeru.

Frente á frente unos de otros era inevitable el choque.

Se halla situada la ermita de Santa Bárbara de Mañeru en el extremo meridional de un estribo de la sierra de Sarbil, que se desprende de ella en el puerto de Salinas, y dirigiéndose de N. á S., se esparce en ramificaciones, todas interesantes, considerándola militarmente. Limita esta posición por el N. la sierra citada, por el E. el rio Arga, y la envuelve por el resto el Salado, desde Muniain de Salinas hasta Mendigorria, donde desemboca en el Arga. Estas posiciones cierran el paso de las fuerzas que desde Pamplona vayan hostilmente á Estella por las carreteras de Puente y Salinas de Oro.

La cresta de esta estribación se dirige desde el puerto de Salinas, despues de cortar en él la carretera, á la ermita de San Pedro, nudo de los estribos que bajan á Artazu, Orendain y Echarren; sigue por encima de Garicoain, de Cirauqui y de Mañeru hasta Santa Bárbara, donde el estribo se divide en dos, de los que el uno muere en Puente y el otro desciende hasta la desembocadura del Salado, cortando la carretera que de Puente se dirige á Mañeru.

Las estribaciones que parten de la cresta son los caminos de ataque ó de flanqueo de esta posición, y los principales el que desde Santa Bárbara baja á Puente, el que pasando por Soracoiz termina en Artazu y flanquea el anterior, el que partiendo de la ermita de San Pedro pasa por Guirguillano para terminar en Orendain junto al vado de Zabala, los dos que terminan en Mañeru y Cirauqui, y el que por el N., partiendo de la ermita de San Pedro, concluye en Larate. Es interesante cuando la posición se ataca rompiendo por Oteiza y siguiendo la dirección de Lorea y Alloz. Arguñaniz con su monte, forma una posición independiente difícil de abordar por la parte del río Arga y de Salinas, y muy á propósito para recibir en ella al enemigo que marchando de Puente la Reina ó de Garisoain, hubiese ocupado la ermita de San Pedro. Así que, un verdadero ataque en aquellas posiciones, no se puede dar por terminado hasta ocupar la línea que forman la ermita de San Pedro con el monte sobre Garisoain, siguiendo la estribación que termina entre Cirauqui y la granja de Alloz. Las dos carreteras de que se ha hablado están en los extremos de la posición, comunicando la una el valle de Echauri con Salinas y Muez, y la otra á Puente con Mañeru y Cirauqui, continuando ambas á Estella. El dominio de esta posición proporciona el del valle de Yerri y de Guesalaz, con los ricos pueblos de Cirauqui y Mañeru. Tal es el terreno, que hemos recorrido, donde se peleó el 6.

Al saber Moriones que los carlistas se hallaban en los anteriores valles, y que únicamente podían socorrerles los alaveses que estaban en Villatuerta, deseó atacarlos, y no tuvo que andar mucho, pues en la mañana del 6, se divisaron carlistas; lo cual fué una sorpresa para Moriones, que se hallaba en el convento de monjas. Formaron las tropas en la calzada para ir á Estella, se inició el movimiento guiando el coronel Blanco la brigada de vanguardia con orden de flanquear la derecha, seguía la brigada Pieltain con una batería de artillería, marchando á su frente el brigadier Catalan, comandante general de la división; iban despues las fuerzas que mandaba el coronel Araoz y cubriendo la retaguardia á la brigada Ruiz Dana.

No menos deseaban los carlistas chocar con sus enemigos, y en cuanto vieron su movimiento, ocupó Iturmendi la ermita de Santa Bárbara de Mañeru, de la que ya estaban los liberales á unos 300 metros, y Lerga, Rada y otros jefes, ocuparon tan convenientes posiciones, que al tomar las montañas de la derecha el coronel Minguella, recibió el fuego de Rada y de los carlistas que acudían en su auxilio, obligando esto á Blanco á adoptar con rapidez la acertada disposición de enviar fuerzas á la izquierda, otras á tomar las posiciones de la derecha, y que el batallón de Puerto Rico flanquease por este lado.

Desde luego comprendió Moriones que Ollo se anticipaba á sus deseos, ahorrando á las tropas liberales la mitad del camino que debían recorrer antes del choque. Se ordenó inmediatamente el avance de nuevas fuerzas, se atacó por la carretera en dirección á la ermita, donde tenían los carlistas sus primeras posiciones. Catalan avanzaba por la carretera hasta Mañeru, Dana se adelantaba á proteger la brigada de vanguardia por la derecha, y el general en jefe se trasladó al centro del lugar del combate con seis piezas de artillería y otras fuerzas, y fué tal la intrepidez con que las tropas atacaron, que apenas hubo tiempo de emplear la artillería.

Las compañías de Alcolea subieron bravamente apoyadas por Ciudad Rodrigo, que se vió acometido por dos batallones carlistas á la bayoneta, aquel armó la suya, los rechazó y los hizo retirarse sufriendo un nutrido fuego: Catalan se había apoderado de Mañeru, Pieltain subido á la divisoria derecha y la vanguardia seguido por ella; Ruiz Dana tomó posición sobre una altura á la derecha de Santa Bárbara con cinco batallones, mas haciendo la derecha de la línea liberal, siguió el movimiento de avance hasta Artazu, que reconoció, continuando á Soracoiz en dirección á Guirguillano. Era, pues, crítica la situación de Rada: el 4.º de Navarra no ayudaba lo bastante, le arengó su jefe Segura, recordando á los navarros sus jactanciosas ofertas, y señalándoles una compañía de riojanos que estaba agregada al batallón, les dijo: «Hoy vereis

cómo los castellanos no olvidan el corazón al pasar el Ebro.» Aquella compañía se portó heroicamente.

Rechazado Rada, hacia Segura esfuerzos para contrarrestar el empuje de los liberales: iban siendo muchas las bajas, y como los carlistas estaban, en lo general, acostumbrados á batirse donde querían, abandonaban á sus compañeros por conducir heridos ó para ocultarse detrás de la ermita; muchos oficiales también cejaban, y á sablazos había que sacar á unos y otros de sus escondites. Todo era necesario, porque el combate era cada vez mas encarnizado: el 2.º y 4.º de Navarra no podían prolongar ya la resistencia, agotaban las municiones, se habían descompuesto muchos fusiles, y entre muertos, heridos y escapados, quedaban reducidos á la mitad y no recibían socorro; por lo que dispuso su jefe cargaran á la bayoneta: se remangaron las mangas de la blusa y de la camisa y cargaron con tal ímpetu, que arrollaron cuanto se les puso por delante. Las guerrillas liberales no pudieron resistir el empuje enemigo y cedieron; pero reforzadas con las reservas, cargaron sobre los carlistas y tuvieron estos que retirarse en dispersion, costándoles caro su arrojó. Así era triste el cuadro que ofrecían las inmediaciones de la ermita, cubierto el suelo de cadáveres y llenando el espacio los lamentos de los heridos, abandonados á una muerte segura.

A contener á los liberales que arrollaban á sus enemigos por todas partes, se presentó oportunamente el 3.º de Navarra, pudiéndose salvar los fugitivos del 2.º y 4.º; y á poco, el mismo 3.º, que se batió bien, tuvo que ceder ante la valerosa acometida de mayores fuerzas liberales. Acudieron al lugar del combate Ollo, Argonz y Mendi, con tres batallones de Alava y dos navarros: entraron en fuego, colocó despues Ollo convenientemente los ocho batallones de que disponía, que ascenderían á poco mas de 5,000 hombres, y á cosa de las dos se trabó de nuevo el combate, avanzando los liberales su infantería y artillería. El fuego era horrible y bravamente sostenido por ambas partes. Moriones resolvió atacar á sus enemigos en los montes de Guirguillano; disponiendo que Ruiz Dana marchase á este punto para tratar de envolverlos por la izquierda; éste vió aquellas alturas coronadas por los carlistas, supo escoger un terreno á propósito para atacarlos, empezó desde Guirguillano á hacer que jugase la artillería, que aunque certera, el terreno neutralizaba su efecto destructor; el regimiento de Sevilla y el batallón de la Constitución atacaban resueltamente las posiciones enemigas, apoderándose, apoyados por Africa, de los montes de Guirguillano, y Dana se constituyó sólidamente en ellos á las tres de la tarde.

Al disponer á poco Moriones el movimiento de concentración de las tropas sobre la primera posición de la ermita y Puente la Reina, envió ayudantes á Dana, que era el mas lejano, y confiaba en ver coronados sus esfuerzos: Pieltain y Catalan emprendieron sus movimientos, y á la hora de iniciados cargaron de nuevo los carlistas, y al oscurecer, cuando llegaban los de Moriones á los desfiladeros, el enemigo insistió con mas vigor en su ataque, rechazado serena y bizarramente por las fuerzas liberales emboscadas y escalonadas en la ermita y vertientes de la sierra de Santa Bárbara, haciéndoles desistir de su empeño.

Dana hubiera querido pernoctar en las posiciones que había conquistado, cuando se le ordenó la retirada, porque á juicio de Moriones, era ya tarde para completar la operación: dispuso, pues, acertadamente la retirada por escalones; al cuarto se le echaban encima tratando de envolverle, pero supo Dana evitarlo y hacer sufrir á su contrario el nutrido fuego de los últimos escalones. El quinto escalon que le formaba Africa, se vió acometido por tres batallones que le abordaban á la bayoneta; mas bien situado en una eminencia dominante, recibió con fuego y rechazó la carga, produciendo y experimentando grandes pérdidas, entre ellas la de su primer jefe Rubin de Celis. Se retiró al abrigo de tres compañías de ingenieros que formaban otro escalon, constituido en un principio por Dana con la artillería y caballería, viendo con sorpresa que se habían retirado estas armas cuando iban á ser empleadas con oportuna precisión y seguridad de éxito. Avanzaron los carlistas, y en vez de ser ame-

trallados y cargados por la caballería, se contuvieron ante las fuerzas que colocadas delante de la ermita de Santa Bárbara, cubrían la retirada por la carretera.

En Mañeru y Cirauqui, terreno de la pelea, quedaron los carlistas, y los liberales pernoctaron en Puente la Reina. Excedieron de 900 las pérdidas de ambos combatientes entre muertos y heridos. Al recorrer los carlistas el sitio del combate aquella misma tarde, recogieron varios heridos liberales que estos abandonaron, é hicieron algunos prisioneros, varios de los cuales fueron inmolados en represalia de los asesinados en la ermita.

No estudió bien Moriones el punto de ataque, ofreciendo mejor resultado por el estribo de Soracoiz, llave de las posiciones; la retirada pudo haber sido mas ordenada, y no se explicaban los carlistas que Moriones, al que creían sabedor de sus movimientos, no se hubiera combinado con Primo de Rivera, que tenía su columna por la parte de la Solana, y aun que éste no acudiera en auxilio del general en jefe estando tan cerca.

Los carlistas cometieron el grave error de ir mandando los refuerzos tarde y á proporción que les iban viniendo, lo cual hubiera ocasionado un gran desastre si los liberales hubieran hecho su principal esfuerzo por la estribación de la izquierda enemiga. El jefe carlista dejó su gente en el combate sin apoyo oportuno, sin órdenes, sin medio de reponer las municiones. En lo que unos y otros se distinguieron fué en la bravura que emplearon, y algunos en ese ensañamiento mas comun en las guerras civiles que con extraños; así fué tan grande la mortandad.

No se separaron mucho ambos combatientes: los carlistas se reconcentraron en Estella y sus inmediaciones y los liberales en Lerín y Los Arcos. A la vista unos y otros, era evidente un nuevo combate, y en la mañana del 7 de noviembre marchó todo el ejército liberal por la carretera de Estella hasta dar vista á Urbiola, Lúquin y Barbarin, ocupados por los carlistas en número de 9,000 hombres, 4 piezas y 200 caballos. Asentados estos pueblos en la falda de Monte Jurra, defendían los desfiladeros que daban paso á Estella, acudiendo por la parte de la Solana, que era por donde se presentaron los liberales. No podían ser mas excelentes las posiciones ocupadas por los defensores de don Carlos; mas no le imponían á Moriones, que contaba con la ventaja que le proporcionaba el terreno para batir á Barbarin con la artillería de montaña y de batalla y con la gran superioridad de su caballería, por lo que confiaba en el éxito del combate, y así lo anunció, y que iba á dar una severa lección al enemigo. Conocía el terreno, el número de los enemigos y sus posiciones, infundió en los demás su confianza y lanzó sus huestes al combate. Procuraron contener los carlistas el avance de los liberales; generalizóse el fuego en toda la extensa línea, que tendría unos cuatro kilómetros, se peleó con extraordinaria bravura; y fuera porque disminuyeran las municiones, ó porque era irresistible el empuje de los acometedores, abandonaron los carlistas á Barbarin retirándose á unas ventajosas posiciones á 400 pasos del pueblo.

En poder de los liberales Barbarin, se enviaron fuerzas sobre Lúquin y Urbiola, de que se apoderaron Catalan y Dana despues de porfiada lucha, no solo con los defensores de aquellos puntos, sino con los batallones carlistas que estaban situados en la cresta y bosques de Monte Jurra, y la estribación que termina en Arroniz.

A las dos de la tarde se habían apoderado los liberales de los pueblos que atacaron, pero corriéndose por la falda de Monte Jurra los carlistas que parecía se retiraban hacia Estella, empezaron á cargar sobre la izquierda liberal y pueblo de Urbiola. Como Dana tuviese poca infantería para resistirlos, pues su principal fuerza consistía en caballería, que no podía obrar en aquel terreno, pidió refuerzos. A la hora acudió en su ayuda San Quintín: la situación era ya crítica; los carlistas descendieron de Monte Jurra en gran número para atacar á Urbiola, y Ruiz Dana se vió en la necesidad de ponerse al frente de aquel regimiento, que secundando su valor atacó al enemigo que descendía del monte, y lo hizo tan bravamente, que no solo detuvo su marcha, sino que le rechazó y obligó á

refugiarse en las sinuosidades y bosques de Monte Jurra. San Quintín tuvo en este combate pérdidas tan sensibles como la de la mitad de sus oficiales—10 de 21,—y la tercera parte de la tropa. El brigadier perdió su caballo.

Los carlistas mostraron grande empeño en defender el paso entre Urbiola y Villamayor, que era lo mismo que perder á Monjardin y á Estella, y en aquellos puntos se distinguió el quinto navarro, enardecido con la presencia de don Carlos, que asistió al combate en este lado, y cuyo señor pudo mostrarse satisfecho de la bravura de sus defensores.

Al establecerse los liberales en Barbarin, Lúquin y Urbiola, los hallaron completamente despoblados de personas y efectos. Los carlistas pasaron la noche á la vista de sus enemigos.

El siguiente día 8 amaneció lloviendo; hubo algun tiroteo de guerrillas, y algun pequeño combate parcial, y por la noche ocupaban todos las mismas posiciones. Comprendió Moriones que no podía pasar adelante, ni continuar en los pueblos que sus tropas ocupaban, careciendo de todo y hasta escaseando las municiones, pues el 7 se habían gastado 250,000 cartuchos de fusil y 700 granadas, pudiéndose dar escasamente los 140 cartuchos por plaza que ordinariamente llevaban los soldados: no pensó seguramente el jefe liberal hallar tanta resistencia; había conseguido de todas maneras en parte, su objeto, que era el de ocupar los pueblos que defendían los carlistas; era precisa la retirada, aunque ofrecía grandes obstáculos, y para disminuirlos, se emprendió á media noche, enviando una corta fuerza á simular la prosecución del ataque para pasar á Estella, á fin de entretener á los carlistas mientras los liberales se retiraban. Se envió por delante toda la impedimenta, habiendo necesidad de abandonar la harina y cebada, para aumentar los carros para los heridos, dejando sin embargo, abandonados algunos en Urbiola.

Cuando desahogado Moriones de la impedimenta, seguro de su retaguardia, colocados los primeros escalones para proteger la retirada, dió la señal de emprender la de las fuerzas que ocupaban Barbarin, Lúquin y Urbiola, no pudo menos de admirar la disciplina, serenidad y bravura con que verificaban en general el movimiento de repliegue, teniendo mas de una vez que corregir el que se pusieran á descubierto cuando aun no había llegado el momento de romper el fuego.

Con la nueva aurora notaron los carlistas el movimiento de retirada, que no le esperaban, sino la continuación del ataque y avance á Estella; hicieron esfuerzos para molestarla, mas no lo consiguieron: contemplándola Elío, no pudo menos de tributar públicos elogios al jefe que la había dispuesto y á los que la ejecutaban.

Las bajas de unos y otros combatientes excedieron de 800, menores las de los carlistas por batirse á cubierto, atacando á pecho descubierto los liberales. Aquellos celebraron en Estella los combates de Monte Jurra como una gran victoria, creando una medalla para conmemorarla.

Moriones se mostró tambien satisfecho: queria habitar al soldado al combate, y si le hubiera sido en extremo satisfactorio pasar á Estella, ú ocupar los altos de Monte Jurra, consideró conseguido su principal objeto con el resultado de las peleas del 7, en las que vió que podía contar con un ejército disciplinado y valiente, si bien á mucha costa, porque no se escaseó el derramamiento de sangre. Sin tantas pérdidas, y á poder proseguir el 9 la lucha, los liberales habrían llegado á Estella, porque escaseaban las municiones de los carlistas, como sucedía siempre despues de una acción de algunas horas, por no haber fábrica de cartuchos. No era muy tenida en cuenta por los jefes liberales esta gran desventaja con que luchaban sus enemigos.

Lizárraga continuaba empeñado en apoderarse de Tolosa. Su abastecimiento tenía ocupado á Loma y el paso de cada convoy costaba rudos y sangrientos combates. Pudo Loma restablecer los puentes sobre el Oría entre Irura y Andoain, para hacer frente al propósito de los carlistas al inutilizar estas vías de comunicación, de impedir el abastecimiento de la villa; pero continuaron aquellos acampando en las terribles posiciones del monte Hernio, á 3,818 piés sobre el nivel del mar, desde cuyas alturas y parapetados hacían fuego á los